

# Parra, Vicente

(Vicente Parra Collado, Oliva, 1931 – Madrid, 1997)

Actor

Trabaja como figurante y meritorio en diversas compañías de teatro locales durante la adolescencia. Sus inicios como profesional en los escenarios de Madrid le llevan a figurar en el reparto del *Don Juan Tenorio*, que se monta con decorados de Dalí (1949). Poco después, ingresa en la compañía de Luchy Soto, pasa a la de Luis Peña y termina consolidándose en la de Luis Prendes, a quien en reiteradas ocasiones reconoció como su maestro desde que interpretara la comedia *Mariscal* (1952), de Ferenc Molnár. Paralelamente, debuta en calidad de extra en la comedia *Rumbo* (Ramón Torrado, 1949) e inicia así una larga trayectoria cinematográfica. Forma parte del reparto de películas como *Manicomio* (Fernando Fernán-Gómez, 1952) y *Cancha vasca* (Alfredo Hurtado y Aselo Plaza, 1954) –dos títulos de escasa proyección comercial–, hasta conseguir su primer papel significativo en un drama policíaco: *Expreso de Andalucía* (Francisco Rovira Beleta, 1956). Este éxito inicial lo lleva a dejar la compañía de Amparo Rivelles –bajo la dirección de Luis Escobar había formado parte del elenco de *Una mujer cualquiera* (Miguel Mihura, 1953)–, para volcarse en su carrera cinematográfica como galán romántico gracias a su atractivo y fotogénico físico. Dicha especialización lo convierte en uno de los intérpretes más populares de la cartelera española de finales de los años cincuenta. Aparece teñido de rubio junto a Emma Penella en una estafalaria adaptación de la tragedia *Fedra* (Manuel Mur Oti, 1956), y bajo las órdenes del mismo director participa en *El batallón de las sombras* (1957), drama coral de una populosa casa de vecinos. Ambas películas constituyen sendos fracasos comerciales, pero el esfuerzo interpretativo del actor culmina con su papel en *Rapsodia de sangre* (Antonio Isasi-Isasmendi, 1957), un olvidado panfleto anticomunista que le proporciona su primer premio como intérprete, el concedido por la revista *Triunfo*. Poco después, encabeza el reparto, como joven rebelde con problemas y contradicciones, de un melodrama de la factoría barcelonesa de Ignacio F. Iquino titulado *Los cobardes* (Juan Carlos Thorry, 1958). Pero su primer gran éxito le viene con el protagonista de *¿Dónde vas, Alfonso XII?* (Luis César Amadori, 1958), que gracias a la magnífica respuesta de la taquilla tiene su continuidad en *¿Dónde vas, triste de ti?* (Alfonso Balcázar, 1960). Ambas películas están basadas en las obras homónimas (1957 y 1959) del dramaturgo monárquico Juan Ignacio Luca de Tena y en la biografía de la reina Mercedes publi-

cada por Ana de Sagra en 1951. Vicente Parra compone un tierno y romántico Alfonso XII, enamorado de su prima Mercedes (Paquita Rico) hasta la temprana muerte de la reina consorte. Estos melodramas llenaron de lágrimas los cines de España y, hasta tal punto caló la emoción en el sentir popular, que algunos analistas pensaron que estaban destinados a preparar la restauración de la dinastía borbónica. Sin embargo, a pesar de estimular ciertas simpatías monárquicas –también sus precedentes teatrales–, responden más bien a un intento de desarrollar un cine fastuoso, espectacular y comercial, entonado con el cine de época norteamericano y europeo producido en esos momentos. En cualquier caso, el éxito desbordante de la primera película sobre el monarca proporciona a Vicente Parra una enorme popularidad y le abre todas las puertas, incluidas las del rey exiliado (Don Juan) y su hijo Juan Carlos, pero le encasilla en un papel de cuyo recuerdo nunca consiguió zafarse a lo largo del resto de su trayectoria. Una prueba la encontramos en el protagonista de *Cariño mío* (Rafael Gil, 1961), donde el actor vuelve a presentarse en el lujoso marco de la realeza, y en otro título de reminiscencias aristocráticas, *Buenos días, condesita* (1966), una especie de fotonovela dirigida por Luis César Amadori para lucimiento de la joven Rocío Dúrcal. La espectacular fama alcanzada con el papel de Alfonso XII se va desvaneciendo a lo largo de los años sesenta, jalonados con títulos menores de su filmografía o con otros como los *remakes* de *La verbena de la Paloma* (José Luis Sáenz de Heredia, 1963) –en que interpreta el papel protagonista de Julián– y *Nobleza baturra* (Juan de Orduña, 1965), donde la participación de un Vicente Parra eficaz y buen profesional no le permite alcanzar las cotas anteriores. Esta circunstancia justifica sus esporádicos intentos en el mundo de la canción –llega a grabar algunos discos– y la vuelta a los escenarios, donde en 1960 actúa con compañía propia y haciendo pareja con Lola Herrera, para estrenar con notable éxito una adaptación de la novela *Chéri* (1920), de Colette, en el teatro Reina Victoria. Durante las temporadas siguientes, obtiene varios éxitos en los más diversos géneros, sobre todo a partir de su consagración en *Rebelde* (1962), de Alfonso Paso, de nuevo junto a Herrera. A principios de los años setenta, sigue recibiendo ofertas para actuar como galán, y protagoniza *Varietés* (Juan Antonio Bardem, 1971) junto a su íntima amiga Sara Montiel. El título es un lunar negro en la filmografía de Bardem. Ante

este fracaso, Vicente Parra decide dar un giro radical a su trayectoria cinematográfica. El propósito se concreta en la coproducción e interpretación de *La semana del asesino* (Eloy de la Iglesia, 1971). De la mano del polémico director, encarna a un matarife que termina convirtiéndose en un frío y sistemático asesino con un fondo de homosexualidad que, junto a la violencia, provocó la mutilación del film por la censura y el espanto de algunos espectadores. A los sesenta y cuatro cortes efectuados, después de haber sido prohibido el guion en su totalidad, hay que añadir que la película tardó casi tres años en ser estrenada. Con todo, su interpretación mereció el premio del Círculo de Escritores Cinematográficos (CEC). La nueva y desorbitada faceta del actor se completa en un sórdido y desigual policíaco titulado *Nadie oyó gritar* (Eloy de la Iglesia, 1972). La escasa repercusión comercial de ambos títulos lo aleja definitivamente de los papeles protagonistas. Desde entonces y hasta 1996, fecha de su última película, un Vicente Parra siempre volcado en su trabajo realiza numerosas colaboraciones como artista invitado, entre las que cabe destacar el oficial republicano de *Las largas vacaciones del 36* (Jaime Camino, 1976), el médico de *La guerra de papá* (Antonio Mercero, 1977) y el combatiente de *El timbaler del Bruc/La leyenda del tambor* (Jordi Grau, 1981), que a diferencia de las anteriores películas apenas fue vista más allá de Cataluña. Tras una década de los ochenta sin apenas actividad cinematográfica, regresa en 1993 para participar con un papel secundario en *Cartas desde Huesca* (Antonio Artero) y, poco después, en *Suspiros de España (y Portugal)* (1995)

y *Tranvía a la Malvarrosa* (1996), ambas de José Luis García Sánchez. El director salmantino le encomienda el breve papel de un cura en la adaptación de la homónima novela de Manuel Vicent que le brinda la oportunidad de despedirse, ya enfermo de cáncer, con un film ambientado en la Valencia que conoció sus primeros pasos como actor. La popularidad y la fama le llegaron pronto, pero el sueño de Vicente Parra duró poco. A pesar de su profesionalidad a lo largo de una prolongada trayectoria, fueron escasas las satisfacciones que el valenciano alcanzó tras su estrellato de la mano de Alfonso XII. Algunas fuentes periodísticas y declaraciones de amigos apuntan a una delación, a causa de su condición de homosexual, lanzada por colegas que pretendían así apartarlo de los papeles de galán. La hipótesis es tan creíble como indudable fue que el educado y exquisito Vicente Parra nunca reconoció públicamente su identidad sexual para, entre otros motivos, seguir interpretando el papel que le permitió saltar a la fama. La suerte le fue esquiva durante los últimos años, incluso en algunos negocios que emprendió para buscar una estabilidad económica, pero el actor mantuvo su profesionalidad y caballerescas maneras hasta caer enfermo —su última película ya la rodó mientras estaba sometido a tratamiento médico— y recibir el merecido homenaje fúnebre de sus conciudadanos de Oliva, en cuyo teatro Olimpia se encuentra un museo dedicado a su memoria gracias a la donación de sus familiares.

**Juan Antonio Ríos Carratalá**